



Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA



— Tipos populares. —

SUMARIO

TEXTO

DE TODO UN POCO
por Luis Taboada.

LAS PLAGAS DE MADRID
por Manuel Soriano.

*RECETA PARA HACER TODA CLASE
DE OBRAS TEATRALES*
por A. R. Bonnat.

FUROR DESCRIPTIVO
por V. Toscano Quesada.

BATURRILLO
por Fray Candil.

RASGUÑOS
por Nicolás de Leyva.

PALIQUE
por Clarín.

AMOROSAS
por Alberto Casañal Shaker.

¡A LA SIERRA!
por Fernando Cabello y Lapiedra.

CANTARES
por Félix Cuquerella.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

EN EL AÑO 2000
fantasía novelesca, por E. Bellamy
(Continuación).

ANUNCIOS



GRABADOS

TIPOS POPULARES
EL ENANO VICENTE
estudio del natural por Sancha.

LOS QUE VAN A LAS RECEPCIONES
ocho viñetas por Marín.

EL CONFETTI PROYECTIL
historieta, por Donaz.



EL ENANO VICENTE, Estudio del natural por SANCHA

15 CÉNTIMOS



La incoherencia que habrán advertido los lectores en mi crónica del número pasado, no deben achacarla á perturbación de mi mente. Yo estoy bueno, gracias á Dios, y en buena hora lo diga; pero las circunstancias se han impuesto á mis propósitos y el artículo salió á luz con importantes mutilaciones.

Hecha esta aclaración, para dejar á salvo mi buena fama de hombre formal, y para que nadie dude de la integridad de mis facultades, hago punto, reservándome para mejor ocasión otras expansiones.

Todos los años dicen los periódicos serios que el Carnaval está en la más espantosa decadencia, y que los tiempos no son lo más á propósito para que el hombre se entregue al placer.

Los periódicos lo dicen, y el hombre se encarga de echar por tierra la afirmación.

Hogaño hemos tenido de todo: máscaras sueltas, máscaras en apretado haz y máscaras en carrozas, ébrias de júbilo, disparando serpentinatas y confetti.

Aun aquellas personas que, por su calidad y su elevado cargo, debieran permanecer ajenas á toda manifestación bulliciosa, se han vestido de máscara para demostrar al mundo que estamos en el mejor de los países y que la alegría nos embarga.

Yo he visto correr por Recoletos, disfrazado de diablillo, á uno de nuestros primeros hombres políticos. Llevaba en la mano diestra una vejiga, con la que repartía golpes entre los transeuntes.

—¡Ande el movimiento!—gritaba—¡Viva el placer! ¡Viva la dulce nominal!

A través de la careta veíanse unos ojos lánguidos y salientes, que más parecían dos huevos duros.

—¿Quién será esa máscara?—pensé yo.—Creo reconocer esos ojos. ¿Será Vadillo?

No me atrevo á asegurarlo, pero tampoco niego la posibilidad de que haya tomado parte en las fiestas de estos días.

Dícese que en Consejo de Ministros éstos acordaron contribuir personalmente al mejor éxito del Carnaval.

—Hay que disfrazarse—dijo Alix.

—Sí; esto demostrará que estamos contentos, y que los rumores de nuestra dimisión son especies malévolas que hacen correr los liberales—añadió Toca.

—¡Pero, hombre!—exclamó D. Marcelo—¿pretenden ustedes que me disfrace yo también?

—No hay más remedio.

—¡Pero si estoy tan gordo!...

—No importa.

—Puede usted adoptar un traje que disimula perfectamente el abdomen.

—¿Cuál?

—El de aldeana suiza.

Ello fué que muchos hombres públicos se disfrazaron y salieron por las calles metiendo bulla y dando bromitas.

—Adiós, hermosas—decía una máscara de formas salientes, rebajuela, pero airosa, parándose delante de un grupo de señoritas que estaban sentadas en Recoletos.—¿Queréis un caramelito?

Ellas aceptaron el ofrecimiento, dando gracias con una sonrisa encantadora, y la máscara siguió diciendo ingeniosidades y excitando la alegría de las jóvenes, hasta que una de ellas exclamó fijándose en los bajos del disfrazado:

—Ya sé quién eres.

—¿Si?

—Sí; te he reconocido. Tú eres Valdoserá.

—No, no.

—No lo niegues. Te he conocido por el pie.

—¿Por el pie?

—Sí, que lo tienes precioso.

La prueba más elocuente de que los hombres de la situación no están tristes, como ha afirmado la prensa, está en lo mucho que se han exhibido durante estos días.

Puede decirse que no han faltado á ninguna de las diversiones carnavalescas. Ellos al Retiro, ellos al Prado, ellos á Recoletos, ellos á los bailes, y hasta se dice que una de las estudiantinas más bulliciosas y alegres que salió por Madrid estaba formada por Senadores de la mayoría. A mí no hay quien me quite de la cabeza que una máscara, vestida de odalisca, con el pelo suelto, los brazos desnudos y

una diadema de hoja de lata ciñendo las sienes, era... ¡el jefe del partido de la Unión conservadora!

También se divirtieron muchísimo las de Orinoco, que son dos solteronas empedernidas y feas hasta el espanto. El lunes estuvieron en el baile del Circulo de Bellas Artes, disfrazadas de chulas, y lo mismo fué entrar se les acercó Juanito Aguadilla, diciéndolas:

—Os esperaba con impaciencia. Creí que ya no veniais.

—¿Nos esperabas?—preguntó la mayor de las Orinoco fingiendo la voz.

—Sí—exclamó Juanito apasionadamente; y estrechó la mano de su interlocutora.

La otra, entre tanto, decía al oído de su hermana:

—¿Sabes quién es este joven?

—Yo no; pero él debe conocernos sin duda.

Juanito, después de obsequiar á ambas hermanas, tributándoles frases amorosas y llevándolas al ambigú, acabó por declararse á una de ellas.

—Sí, Carolina; es inútil todo fingimiento. Yo amo á *ustez* con delirio, y estoy dispuesto á ir á ver á su papá para que me conceda esa hermosa mano... Contésteme usted, Carolina.

—No soy Carolina—contestó la Orinoco mayor con algo de timidez.

—¿Qué escucho? Entonces, ¿quién es usted?

—Soy Ceferina Orinoco—dijo la máscara quitándose la careta.

Juanito echó á correr como un loco á quien amenazan con ponerle la camisa de fuerza.

Pero las Orinoco pasaron una noche superior y sacaron la tripa de mal año.

LUIS TABOADA

Las plagas de Madrid.

Al Duque de Santo Mauro.

Señor Alcalde mayor:
si vucencia
me dispensase el honor
de concederme una audiencia,
le diría
que aquí ya no hay quien soporte
lo que de noche y de día,
con asombro de la gente,
está ocurriendo en la Corte.
Sí, señor;
¡téngalo usted muy presente,
señor Alcalde mayor!

Con el fin de que usted vea
lo que pasa
y para que usted no crea
que hablo en guasa,
ó que sin razón me quejo,
le aconsejo
que salga usted á la calle
para convencerse al punto,
y verá usted que en detalle
y en conjunto,
se explica perfectamente
que este Madrid cause horror
á todo bicho viviente...

Sí, señor;
¡téngalo usted muy presente,
señor Alcalde mayor.

Se pone uno á trabajar
sin paz, tregua ni reposo
por ganar
el garbanzo misterioso,
cuando empieza un organillo
debajo de la ventana
á tocar *El Monaguillo*
ó *El dúo de La Africana*.

Sale uno á dar un paseo,
ya de trabajar cansado,
porque creo
que esto no es ningún pecado,
y en el instante se vé
poco menos que atracado
sin piedad,
por una docena de
pobres de solemnidad
que viven, y esto se explica

porque el medio es muy sencillo,
pidiendo una perra chica
pa ayuda de un panecillo!
Si con corteses razones
les contesta uno que *nones*,
entonces le ponen á uno
como un trapo
jeso cuando no hay alguno
que no nos largue un sopapol
¿Y los coches del tranvía?
Bueno será que se apunte
que matan á un transeunte
cada día.

¿Y esa legión de señoras
ambulantes
que circula á todas horas,
y con miradas ardientes
y codazos insinuantes
y frases impertinentes,
nos brindan tiernos amores,
y aunque la cosa es muy rara,
nos sacan ¡ay! los colores
á la cara?
¿Y el pan? Malo y mal pesado.
¿Y la carne? Sospechosa.
¿Y el peleón? Arreglado
con campeche.
¿Y la leche? ¡Cualquier cosa
menos leche!
A mala nada la iguala
y no hay á quien aproveche...
¡Jesús, qué leche más mala!
¡Ay qué leche!

Señor Alcalde mayor:
es preciso, es necesario,
que haga usted algo en favor
del paciente vecindario,
á ver si da usted en el quid,
y como Alcalde de prez,
acaba usted de una vez
con las plagas de Madrid.
Esto será lo prudente,
lo justo y lo conveniente,
sí, señor;
¡téngalo usted muy presente,
señor Alcalde mayor!

MANUEL SORIANO

Receta para hacer toda clase de obras teatrales.

PARA EL ESPAÑOL

CARMEN.—¿Perder yo el cariño de Andrés? ¡Oh, no! Eso nunca.
 DOÑA ADELA.—Hijita, ya sabes lo que te aconseja D. Anselmo.
 CARMEN.—¡Ah! ¡D. Anselmo! ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué me atormenta de ese modo? ¿Qué derecho tiene?
 DOÑA ADELA.—No lo intentes averiguar. Bástete saber que él es todo: luz y sombra, lo grande y lo pequeño. El que cuidó de tu infancia, cuando eras niña, y el que vela por tí, cuando eres grande.
 D. Anselmo es todo, lo puede todo, se queda con todo, ¡lo sabe todo!
 CARMEN (lanzando un grito ó una carcajada, como la actriz guste).— ¡Ah, madre! Ya sé quién es. ¡D. Anselmo es Dios! ¡Ah, ah!

PARA LA PRINCESA

EL REY.—¿Quién osa poner en duda de un rey la palabra? ¿Quién propaga por la corte mentiras que, ni aún escuchadas por oídos torpes, disculpan á los livianos labios que las pronuncian? ¿Quién?...
 UN DUQUE (entrando).— Señor. La Reina sale de sus habitaciones.

EL REY.—¡La Reina! ¡Ah! Esto me recuerda que no solo hombre soy, sino Rey al propio tiempo. Tenéis razón. Venga mi corte.

(Comienzan á entrar racionistas lujosamente vestidos. El conjunto parece una alegoría de la baraja. Hay comiquito que parece la sota de oros.)

EL REY.—Señores. Parto para una cacería. Mis monteros me anuncian que el día ha de ser felicísimo. A todos deseo veros en ella. Los corceles esperan y los perros también; á ellos, señores. Magnífico refrigerio reparará vuestras fuerzas: seréis obsequiados con un refresco. (Dirigiéndose á una dama.) Vos, señora, id también. Se os dará algo más. Contad con un bizcocho.

LA DAMA (haciendo una reverencia).—¿Bizcocho? ¡Ah, señor! Mi gratitud...

EL REY.—Alzáos, señora. La Reina nos observa. En el bizcocho nos veremos.

PARA LA COMEDIA

TOTÓ.—Yo estoy desolada. Figúrate que la modista me ha sacado el vestido horrible, *epatant*. El escote es demasiado cerrado, sólo me llega hasta aquí. Los amigos tendrán derecho á quejarse.

PURI.—Pero en cambio tu marido...

TOTÓ.—El que sabe. Un marido es el que menos entiende del escote de su mujer; siempre necesita que se lo diga alguien. Además, está muy distraído estos días. Ha puesto casa á Dolores, la doncella que he despedido.

PURI.—¿Qué escándalo! ¿Tú lo consientes?

TOTÓ.—Naturalmente, hija. ¿No ves que de ese modo nunca está en casa? Antes era insoportable. Me he puesto de acuerdo con ella y así estamos más tranquilas las dos.

PURI.—¡Oh, es *charmant*!

PARA APOLO

ANDRÉS.—¿Quererla yo? Eso es poco: adorarla, vivir para ella.

SR. ATIZANIO.—Es que su madre...

ANDRÉS.—¡No ponga usted motes! Esa bruja que vive con ella no es su madre, no puede serlo. ¿Usted cree que ella ha tenido madre alguna vez?

SR. ATIZANIO.—Bueno, pues lo que sea. Está empeñada en casarla con él.

POSTURITAS.—Porque tiene cuatro cuartos y se da más pisto que una cazuela con algo dentro.

ANDRÉS.—Pues eso se acaba en cuanto yo le diga á ese buen mozo cuántas son cinco.

SR. ATIZANIO.—Si ya lo sabe.

ANDRÉS.—Pue que no.

SR. ATIZANIO.—Ahí le tienes.

ANDRÉS.—¡Anda, leñe!

(Sale el *Posturitas*, que es el actor Soler, y dice lo mismo que está diciendo desde que se estrenó *El santo de la Isidra*.)

PARA ESLAVA

EL CHURRITO.—¿Y qué le vas á decir á ella?

ROBUSTIANO.—Tú vas á oír. Me acerco, hago la cruz, saludo y digo la siguiente frase ú epiteto: ¡Querubel! Tengo un corazón más afligido que la cara del ministro de Gracia y Justicia y más grande que un cuarto desalquilao. ¿Quiere usted que pidamos las llaves á la portera, quitemos los papeles y empecemos á llevar trastos?

EL CHURRITO.—¡Anda, leñe! ¿Y qué más?

ROBUSTIANO.—Que si quiere encargarse de la mudanza.

EL CHURRITO.—Te va á contestar que la has confundido con un carro de Federico del Rieu.

ROBUSTIANO.—¡Pues poco que distingó yo de mujeres! Mira tú: yo no sabré diferenciar entre un cangrejo y una alcachofa con rabo; pero tocante al corazón femenino de una mujer, créemelo, soy uno de los primeros papas.

PARA EL CÓMICO

LORETO.—Habla, llora, rie, canta, baila, torea, dice ripios y, si es preciso, dirige la orquesta.

Sus obras no necesitan argumento: son siempre las mismas. Allí lo único distinto son los títulos que figuran en los carteles.

A. R. BONNAT

Furor descriptivo.

Yo pretendo, verbi gracia, demostrar mi rica vena, mi fluidez, mi galanura y otra porción de excelencias.

Elijo para mi canto una tarde en una huerta, y para *víctima* escojo á la hermosa Primavera.

Pues, bien; afilo mi lápiz y agarro una media resma de cuartillas, predispuerto al amor de la belleza.

En tan solemnes instantes doy al númen rienda suelta; se remonta, dando tumbos, por las regiones etéreas, y yo, por él inspirado, siento arder en mi cabeza la inspiración sacrosanta, y me expreso en esta jerga:

En una tarde apacible de la hermosa primavera, gracias al céfiro blando que murmura en la arboleda las odas de Anacreonte y las plácidas ternezas de Teócrito y Virgilio, de Meléndez y Villegas;

en una tarde—cual dije— en una tarde de aquellas en que toman la palabra los bucólicos poetas

y á todo bicho viviente adjetivan y celebran, haciendo hablar con dulzura á las mismísimas piedras; y, extendiendo la mirada por los prados que verdean,

se enamoran de las flores, se entusiasman con la hierba y traducen de las aves las heróicas endechas, (con un arte que envidiaran las traducciones francesas,...)

en tanto que el *dívo genio*, con su facultad suprema, ve cómo el soto se ríe, cómo se ríe la selva, cómo las náyades todas, con peregrina destreza, se zambullen en el río, y nadan y se refrescan;...

cómo llanos y espesuras, cómo valles y riberas el céfiro aromatiza con balsámicas esencias; en una tarde—volviendo á empezar por vez tercera— en que la madre Natura —vulgo la Naturaleza— de «gala con uniforme»

ofrécese á los poetas, yo podría de mi cuento describir la grata escena, desarrollada una tarde, una tarde muy serena y apacible, como todas las tardes de primavera.

¿No he dicho nada?— Conforme.— Pero ¡fluyen y hasta ruedan los vocablos que comprende esta gárrula pamema!

¡Ya lo creo!— Pues entonces, aunque el Olimpo se ofenda, ¡no hay quien arranque á mis sienes la corona de poetal

V. TOSCANO QUESADA

Baturrillo.

No fui educado por clérigos. He aquí por qué—aparte mi temperamento y mi contextura mental, y cuenta que mis antepasados eran andaluces—no soy ni supersticioso, ni casuista. La lectura de la Biblia y de los místicos no dejó sedimento religioso alguno en mi alma. Es más, no me produjo nunca un *temblor* fuerte, no me hizo soñar en lo ultramundano. En cambio, una noche de luna en la cumbre de los Andes, en medio del mar ó en un cementerio, me hizo comprender la honda y desoladora filosofía que entraña el conocido monólogo de Hamlet.

La naturaleza solitaria, en su desamparo augusto, dice más á mi corazón que todos los libros religiosos, que todos los sermones, que todo el martirologio cristiano.

En los momentos más críticos de mi vida, en medio de mis más grandes tribulaciones, jamás se me ocurrió invocar nombre alguno que simbolizase lo maravilloso, lo extranatural. Recuerdo que en uno de mis largos viajes estuve á pique de naufragar. Mientras casi todos los pasajeros rezaban llorando á moco tendido, yo, con mi revólver en el bolsillo de la americana, pensaba en mis adentros: Como el capitán no pierda la cabeza y la máquina siga funcionando no hay que desesperar. Y el viento aullaba en los mástiles y las montañas de olas negras rompían fragorosamente contra el casco del buque, que tan pronto se hundía como se alzaba en vilo sobre las crestas del oleaje. Así pasamos toda la noche. El espectáculo de suyo era solemne y trágico. Realmente daban ganas de confundirse con el mar, de sentirse envuelto en aquella vorágine, arrullado por la sinfonía del viento y del agua, lejos de las miserias del mundo. No sentirse morir á pedazos en una cama, entre pócimas, á los ojos mercenarios de un médico, rodeado de curiosos que si lloran es porque ven en nosotros lo que ha de sucederles á ellos mañana... ¡Oh, dichosa muerte!

Que me vengan ahora con pesadillas infernales, con célicas visiones, con castigos eternos... con todos esos fantasmas por los cuales se han matado durante siglos los hombres y que aún, en el siglo XX, originan motines y pedreas por las calles.

El que tiene ciencia y arte—decía Goethe—tiene religión. A los que carecen de las dos primeras, les deseo, porque la necesitan, la religión.

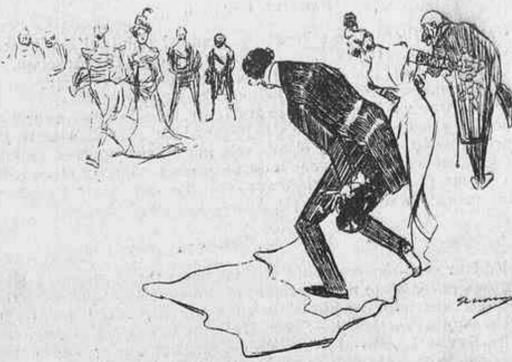
Si yo fuera creyente no me enojaría con los incrédulos. Al contrario. Mientras menos bulto más claridad. La idea de encontrar en otro mundo á los mismos imbéciles de la tierra, me daría horror. ¡Oh, ver de nuevo á Vadillo ú oír á Grilo recitar las *Ermitas*!

FRAY CANDIL

LOS QUE VAN A LAS RECEPCIONES, POR MARÍN



Á BAILAR



Á MOLESTAR



Á CURIOSARLO TODO



Á LA PUERTA, Á VERLOS ENTRAR



Á HABLAR DE POLÍTICA



Á LUCIRSE Y Á LUCIR LAS JOYAS, LAS CONDECORACIONES, LOS ESCOTES Y OTRAS FLAQUEZAS

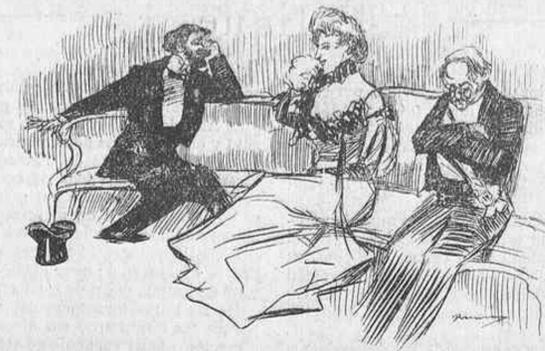


Á PASAR FRÍO

Rasguños.

Se condena el erotismo, cuando es el amor carnal una función natural sacionada por Dios mismo; mas le quitan la sanción, con que al hombre le fué impuesta, los que creen que función es sinónimo de fiesta.

Entre el amar y el fumar la diferencia que observo es que el vicio del amor sólo es caro al colillero.



Á HACER EL AMOR

Buscas para casarte mujer fea, creyendo así tu honor asegurado. Conceptúo estrambótica la idea, pues te has de parecer, como casado, al que fuma tabaco detestable por no dar un pitillo miserable.

Tiene Leonor un conejito de Indias tan pequeño y tan lindo, que su dueña está de él orgullosa, y yo le canto como Catulo al pájaro de Lesbia.

El amor es la flor del sentimiento, cosa espiritual; no lo discuto; pero el amor convierte, en un momento, al ser más racional en el más bruto.

NICOLÁS DE LEYVA



Á COMER EMPAREDADOS Y BEBER CHAMPAGNE

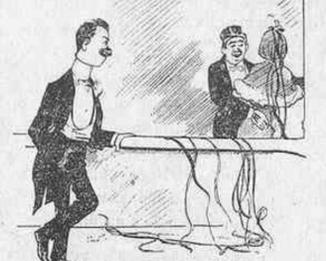
EL CONFETTI PROYECTIL, POR DONAZ



1.-«Esta noche voy con esa al baile del Real. Idea un medio para que bailemos.—P...»



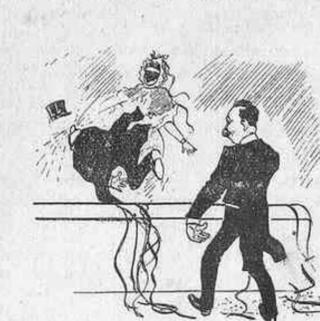
2.-«Un medio? ¡Qué! Dos medios; es decir, un kilo de confetti bien arreglado...»



3.-«Ya están ahí. Preparémonos...»



4.-«A la una... á las dos... á las...»



5.-«Fim!... Pam!... ¡Pum...»



6.-«Es el vals mi delicia mayor...»

Palique.

No han armado mal zipizape varios colegas de Méjico, por causa de unas humildes palabras de un Palique de MADRID CÓMICO.

Periódicos escritos por españoles disputan con otros americanos y traen y llevan algunos renglones en que yo, en el tono propio de estos articulejos, me quejaba del carácter material é interesado que algunos quieren dar al intento, en si nobilísimo, de estrechar las relaciones de España con América.

Yo no tengo la culpa de que la mala intención haya querido aprovechar mi modesta prosa dándola un sentido general que no tiene.

Si yo hablaba de los choriceros que querían colocar sus chorizos de cemento armado en América y que para esto pedían la fraternidad hispano-americana, es claro que no aludía á los que en Méjico comercian en embutidos, sino á los que aquí, en la madre España, nos llenan el estómago de mampostería.

Sobran, pues, todas esas protestas y censuras de los comerciantes y periodistas españoles residentes en Méjico. No va con ellos, ni con ningún español de los que viven en América (excluyendo á Cuba) nada de lo que he dicho.

Ignoro qué parte han podido tomar esos señores en el Congreso hispano americano, y qué proposiciones hayan podido presentar respecto de nuestro comercio con América. De quien yo hablaba era de los cucos de por acá, gente de pura materia, que no ven en todo lazo con las antiguas colonias más que un medio de medro personal. Hablaba de los que aquí nos dan gato por liebre, de los que quieren regenerar el país y nos venden café que no es café, sino madera pintada, chocolate de ladrillo y otras ambrosias así. Y me temía que estos caballeros, que quieren someternos á un régimen predominantemente mineral, pretendieran extender su comercio á nuestros hermanos de América para darles también una de *cal* y otra... de *arena*.

¿Qué tiene esto que ver con los esfuerzos que los españoles residentes en América han hecho en pró de su patria? ¿No es ridículo darse por aludido, nada más que porque se vende chorizos y se es español, cuando es evidente que el escritor habla de otros López, es decir, de otros embutidos y de otros choriceros?

Uno de esos papeles hispano-americanos, hasta se permite censurarme porque ataco al Ministro de Estado español, marqués de Aguilar de Campóo.

¡Pues si este señor tuvo la culpa de que yo hablara como hablé! Por lo mismo que deseo con gran entusiasmo la unión de España y de América, y en este punto soy radical, como he dicho mil veces, aquí y en periódicos de América; por lo mismo, vi con indignación que el representante del Estado, más que por malicia, tal vez por escasa fantasía y frialdad de corazón, hablara con tan mezquino y rastrero criterio de cosa tan grande, no viendo en la gran obra que se iniciaba más que un mercado probable para nuestros productos, algunos de los cuales no son lo que parecen.

Es lástima que algunos apreciables compatriotas que viven en Méjico se apresuren á juzgar de ligero palabras que, no por dichas en tono de broma, dejan de estar medidas.

De las miras mezquinas del ministro, hablé con toda intención, porque me disgustaron sus discursos del Congreso, donde la representación oficial española no estuvo á la altura del espíritu que inspiraba la noble empresa.

De los *choriceros* de por acá, á muchos de los cuales podría señalar con el dedo, dije también lo que tenía muy pensado.

De los fabricantes de embutidos de Méjico, de nacionalidad española, nada bueno ni malo quise decir, porque ni siquiera sospechaba su existencia.

Si hay periódicos mejicanos enemigos de la unión de América con España, que mucho lo sentiré, en esos pueden, los españoles que escriben en Méjico y allí fabrican embutidos, demostrarlo, sin censurarme injustamente á mí, que arguye malicia, ó dura minerva, de generalizar mis juicios hasta el punto de sacar de ellos la reprobación de todo el intento perseguido en el Congreso hispano-americano.

Por no ver á unos pocos á la altura de cosa tan grande y noble, como es la idea que inspiró ese movimiento, fué por lo que yo escribí tales censuras.

Resumen, que no soy yo mal español, ni enemigo de los españoles que viven en América.

Sino que los que son un poco ligeros son ciertos escritores residentes en Méjico, españoles y fabricantes de embutidos, que supongo desde luego procedentes, no de un derribo, como muchos de aquí, sino de las más auténticas matanzas de los señores de la *Cerda*.

CLARÍN

Amorosas.

Tu manera de pensar
me fastidia y me incomoda.
¡Todo lo quieres dejar
para después de la bodal

No riñas con tu novia el mismo día
que lleve un traje nuevo, pues podría
suceder, como á mí me ha sucedido,
que el pesar que tu enfado le debía
producir... ¡lo amenguara la alegría
de estrenar el vestido!

Siempre que nos enfadamos
y hacer las paces dispones,
cuando uno y otro empezamos
á darnos explicaciones,
tanto queremos hacer
por demostrar nuestro amor,
¡que no es posible saber
quién miente más y mejor!

Tu corazón arrendé
hace tiempo, hermosa mía,
y en él á vivir entré
sin ver donde me metía,
pues por causas que adivino
y que tú me has ocultado,
el anterior inquilino
lo dejó tan destrozado,
que si no quieres hacer
una modificación....
¡por fuerza voy á tener
que cambiar de habitación!

Les pasa á los amores
lo que á los niños:
la mayor parte mueren
recién nacidos.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

¡A la Sierra!

SERRANAS

Vente *pa* la sierra,
anda y sube un poco;
yo, en esta llanura, tan *probe* y tan baja,
sin aire, *m'ahogo*.

Anda *pa* la sierra,
peazo d'alcornoque,
¿no ves que allí *riba* el aire y el agua
son mucho mejores?

¿No ves que el tomillo
tiene mucho aroma?...
y al verte tan alto, *paice* que tienes
más cerca la gloria.

¿Que *onde lo hi* visto?
¿Que es mentira eso?
Pus si te *paice* tocar con la mano
el azul del cielo.

Y si *dende* arriba
miras luego al llano,
tóo te *paice* tan *chiquiritito*,
tan *probe*, tan bajo...

Con aquel *venteo*
se te ensancha el alma,
dende allí *arribota paice* que ves *tóo*,
¡d'aquí no ves *náal*!

Vente *pa* la sierra...
tendrás aire puro,
ten *trás maniantales d'agua* cristalina...
¡yo, aquí, me consumol

Amos pa la sierra,
anda, sube un poco;
yo, en esta llanura, tan *probe* y tan baja,
¡no *pueo*... *m'ahogo*!

FERNANDO CABELLO Y LAPIEDRA

Cantares.

Callen las campanas,
cese el huracán,
que á mi madre que duerme tranquila,
pueden despertar.

Siempre, siempre has de quererme,
porque si un día me olvidas
te mato y me doy la muerte.

¡Qué elegante vistes!
¡Cuánta joya llevas!
¡Pedacitos de honra que has ido rasgando
te adornan por fúeral

Si tuvieras sentimientos
y un poco de corazón,
sabrías que mis sonrisas
son excesos de dolor.

Tiene malos sentimientos
y es su corazón de roca,
pero así y todo la quiero.

Podrás despreciarme
y hablar mal de mí,
pero allá en tu pecho, por duro que sea,
siempre he de vivir.

Dame si quieres la muerte,
pero, por Dios te lo pido,
no digas que no me quieres.

Las locuras tuyas
me hicieron celoso.
Los celitos míos la dieron la muerte
¡y aún no la perdono!

Yo á quererte mucho,
tú á darme desprecios.
Moriré en la lucha, que antes que vencido
la muerte prefiero.

FÉLIX CUQUERRELLA

Correspondencia particular.

ERESMA.—San Sebastián.—No es posible entender lo que ha pretendido decir en su *Epitalamio*. Explíquelo en prosa y daremos en otro número la solución.

KARIBE.—Madrid.—Huyo y capullo no son consonantes mientras continúan suspendidas las garantías constitucionales.

UN APRENDIZ DE POETA.—Madrid.—Cuando publique usted su tomo de versos veremos si hay alguna composición que encaje en la índole de este periódico. La introducción que me envía está bien hecha pero es demasiado tierna.

BEPP0.—La nota compestre, mientras no se sale usted del asunto, se lee con agrado, pero llega el final gracioso y... ¡a morir!

R. M.—Si publicáramos *La información popular*, iríamos todos a la Cárcel modelo. ¡Usted no sabe lo delgado que se está hilando ahora!

D. C.—Madrid.—Poquita gracia. Además yo creo que no se dice *mieja*, sino *miaja*. Claro que así no es consonante de *pareja*.

R. E. G.—¡Un soneto a la República! ¡Ni leerlo!

D.—Madrid.—Aprovecharemos *Ídilio y Reprensión*. Lo demás es pornográfico ó es sucio. *Boceto é Instantánea* no están en condiciones para la reproducción.

M. H. L.—Cádiz.—Veamos la primera quintilla:

*El lunes de Carnaval
te vi en el paseo del Prado,
no me pareciste mal
pero tengo comprobado
que no eres una vestal.*

Yo también tengo comprobado que usted no es ningún Espronceda... ¡Conque patal!

RIMADOR.—Coruña.—¿Que la Pardo Bazán es jeitista?... Bueno... ¿Y qué? Yo soy trainero y usted tonto. Cada uno es lo que Dios le ha hecho.

LENTES.—Si no fuera por lo que yo me sé, publicaría sus *Ayes místicos*... Pero...

DENTÍFRICOS. El más agradable, el más higiénico y más barato, el *Licor del Polo de Orive*. Esto es casi axiomático durante 31 años.

RUSO, RUSA Y ROSO.—Madrid.—¡Pillines! He dicho mal. ¡¡Majaderos!!

G. B.—Madrid.—Publicaremos su *Piñata periodística*, que está hecha muy ingeniosamente.

MASO TURELI.—Madrid.—Los cantares no están mal, pero son poquita cosa. Un poco menos de *sosa* ó un poquito más de sal.

I. FERNÁNDEZ.—Madrid.—Voy á publicarle el *Epigrama*.

*A mi tía y bajo sobre
mandé ayer este letrero:
«Tita del alma mía
yo necesito dinero.»
Y con la mayor frescura,
con la mayor sangre fría
puso al pie de mi escritura:
«Sobrinito no hay.
Tu tía».*

Queda usted complacido.

J. B. S.—Madrid.—Ni son buenos, ni son malos. Son inocentes.

E. P.—Lo mismo digo.

HUGO EL LOBO.—Málaga.—Lo mejor será que destruyamos el soneto, porque si lo lee Manuel del Palacio es posible que le llamara á usted ladrón.

CARNESTOLENDAS.—Toledo.—¿Que no aspira usted al sillón de académico? Hace usted mal. Mucho peor versifica Catalina y ha llegado.

B. L. M.—Madrid.—

*¿Una oda á Caserta?
A la otra puerta.*

SE PONE DOMICILIO á cualquier estación férrea Agua Colonia Orive, enviando Bilbao 8,50 pesetas, 2 litros, ó 16 pesetas, por 4 litros.

P. M. H.—Madrid.—Publico uno, para convencerle á usted de que aquí no existen prevenciones contra nadie.

*En el bañe la vi, la conocí
y al través del antifaz
vi un alma negra, tan negra
como el propio cordobán.*

E. N. y R. M.—Madrid, LAMETÓN.—Córdoba y PAPILLOTTE.—Bilbao.—Otro día será. ¿Eh?

En el año 2000.

[8]

(FANTASIA NOVELÉSICA POR E. BELLAMY)

—Para esto—dije—necesitaría saber algo más de este nuevo Boston donde he resucitado. Me habéis dicho hace un momento que, aunque no he dormido más que un siglo, se han producido en este intervalo más cambios en las condiciones de la humanidad que se produjeron de ordinario durante millares de años. Con el espectáculo de esta ciudad á mis pies, estoy bien dispuesto á creerlo; pero tengo curiosidad de saber en qué consisten esos cambios, ó al menos los más importantes. Para comenzar, porque este asunto es inagotable, ¿qué solución, si solución hay, habéis encontrado para la cuestión obrera? Este era nuestro enigma de la esfinge en el siglo XIX, y cuando me dormí, esta esfinge amenazaba devorar á la sociedad, porque se hacia esperar la respuesta. No lamentaré haber dormido cien años para saber de vos la solución de este problema, si la habéis encontrado.

—Como no existe ya tal cuestión—respondió el doctor,—y ni siquiera habría medio de que surgiera de nuevo, creo que podemos alabarnos de haberla resuelto. Ciertamente, la sociedad habría merecido muy bien ser devorada sino hubiera llegado á resolver un problema tan sencillo. En suma: se puede decir que ni siquiera ha tenido necesidad de resolverlo; él sólo se ha resuelto. La solución fué el resultado de un proceso de evolución industrial, que no podía terminarse de otro modo. El papel de la sociedad consistía sencillamente en cooperar en esta evolución, desde que su tendencia se hubiera determinado con certeza.

Contesté que en la época en que me dormí, no había sido reconocida ninguna evolución de esta clase.

—¿No fué en Mayo de 1887 cuando os dormisteis?

—Si: el 30 de Mayo de 1887.

Mi compañero me miró durante algunos instantes en silencio, y después continuó:

—¿Así, según vos, ni aun en aquella época avanzada del siglo XIX se sospechaba, en general, el carácter de la crisis que amenazaba á la sociedad? No pongo en duda vuestro testimonio. La ceguera de vuestros contemporáneos, con relación á los signos del tiempo, es un fenómeno comentado por muchos de nuestros historiadores, y, sin embargo, hay pocos hechos históricos tan difíciles de comprender: tan visibles y claros eran los síntomas de una próxima transformación. No es posible imaginar que pasaran del todo ocultos para vuestros ojos; debísteis sospechar que aquellos desórdenes confusos, aquel descontento tan generalmente esparcido, la miseria de la humanidad, eran presagios significativos de un gran cambio.

—Sentíamos muy bien que la sociedad perdía el ancla y que estaba á punto de estrellarse. Se ignoraba adónde abordaría, pero todo el mundo temía los escollos.

—Sin embargo, la dirección de la corriente era bien perceptible, si os hubiésteis tomado el trabajo de observarla; no arrastraba la sociedad hacia los escollos, sino, al contrario, hacia un canal más profundo.

—Teníamos un proverbio—repliqué:—«Una mirada hacia atrás, vale más que una mirada hacia adelante,» cuya fuerza aprecio hoy más que nunca. Todo lo que puedo decir, es que en la época en que me dormí, las perspectivas de la sociedad eran de tal naturaleza, que no me habría quedado sorprendido si, al mirar desde lo alto de vuestra

terraza, hubiera visto un montón de escombros, en vez de esta ciudad floreciente.

El Dr. Leete me había escuchado con mucha atención. Cuando concluí, movió la cabeza con aire pensativo.

—Lo que me decís—dijo—será una justificación elocuente para nuestro historiador Storiot, á quien se acusaba de haber cargado la mano en las tintas negras, al pintar, en su historia de vuestra época, la tristeza y la confusión de los espíritus. Sin duda, era natural que un periodo de transición como el vuestro estuviera lleno de trastornos y de agitación; pero, al ver cuán clara era la dirección de las fuerzas puestas en juego, asombra que, en vez de la esperanza prevaleciera el temor en los espíritus.

Yo insistí:

—Todavía no me habéis dicho cuál ha sido vuestra respuesta al enigma social. Estoy impaciente por saber por qué paradoja han podido nacer, de un siglo como el mío, la paz y la prosperidad.

—Dispensadme—interrumpió mi huésped:—¿fumáis?

Esperó á que estuviesen encendidos nuestros cigarros, y añadió:

—Puesto que me parece que tenéis más ganas de hablar que de dormir, aprovecharé la ocasión para daros una ligera noticia de nuestro sistema industrial actual, justamente lo que se necesita para convenceros bien de que no hay ningún misterio en el curso de su evolución. Los bostonenses del siglo XIX pasaban por grandes preguntas. Permitidme probaros que soy digno nieto suyo. ¿Cuál era para vosotros el síntoma característico del descontento de los trabajadores en vuestra época?

—Las huelgas.

—Bien; pero ¿qué es lo que hacía tan formidables las huelgas?

—Las grandes organizaciones del trabajo.

—¿Y el motivo de esas grandes organizaciones?

—Los obreros pretendían que estaban obligados á coligarse para obtener justicia de las poderosas organizaciones capitalistas.

—Precisamente; la organización del trabajo y de los gremios era sencillamente el efecto de la concentración, siempre creciente, del capital. Antes de esta concentración, cuando el comercio y la industria estaban dirigidos por un número considerable de pequeños establecimientos, con modestos capitales, el obrero aislado tenía su importancia personal, y era relativamente independiente en sus relaciones con el patrono. Además, cuando un pequeño capital ó una idea nueva bastaba para emprender un comercio, el obrero se elevaba con frecuencia al grado de patrono, y no había entre estas dos clases una barrera inflexible. Las asociaciones obreras no habrían tenido razón de ser, y las huelgas generales no existirían. Pero cuando á la era de los pequeños capitales y de las pequeñas empresas sucedió el siglo de las grandes aglomeraciones de capital, cambió todo. El obrero aislado, que era un personaje enfrente del patrono, quedó aniquilado en presencia de aquellas poderosas asociaciones; al mismo tiempo, el acceso al patronato le fué cerrado para siempre. El interés de la legítima defensa lo lanzó á coligarse con sus camaradas.

(Continuará.)

MADRID: 1901.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID
Tres meses, 3,50 ptas. — Seis id., 4,50. — Año, 8.

PROVINCIAS
— Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —

Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 m[m]

Madrid Cómico
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10.

UNION POSTAL
— Un año, 15 pesetas. —

VENTA
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25

Anuncios extranjeros: Ptas. 0,35 línea de 45 m[m].

HOTEL DE VENTAS

Muebles y objetos enajenados por sus propios dueños.

Los hoteles de ventas oficialmente constituidos se hacen necesarios en todo país civilizado, á pesar de sus detractores é hipócritas imitadores, porque facilita la transacción noble entre el comprador y vendedor. A las familias que lo necesiten en el acto, el Hotel de venta les adelanta el 25 por 100 del precio en tasación convenida, y asegura venta de todo en el término de tres días.

Todo el público práctico de Madrid acude á diario á estos salones á comprar lo que necesita con ventajas siempre positivas.

VENTAS al contado con precios fijos,
de 8 de la mañana á 8 de la noche.

ATOCHA, 34

Estamos altamente satisfechos de nuestra obra. Contamos con el sentimiento favorable de la opinión sensata. Nos basta que el numeroso y distinguido público que nos honra con su visita continúe haciéndolo.
HORAS DE OFICINA: de 9 á 12 y de 3 á 5.
TELÉFONO 860



Píbase en todas partes tan confortable y deliciosa bebida.

GARGANTA Y TOSES SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO

NO CONTIENEN CALMANTES NOCIVOS

De venta en todas las farmacias. Caja, una peseta.

Hay Cobrador práctico, activo, conocedor de moneda y afianzado. Además presentará informes de primera, por ser muy conocido en la plaza. Atocha, 38, LA PERLA CHINA, darán razón.—T. M. C.



CORSÉS

Ultimos modelos de París y novedades para los corsés á medida, desde los más económicos á los de más alto precio.

REGÚLEZ

9, BORDADORES, 9

CABALLETE nuevo de pintor, se vende barato.—Hermosilla, 29, bajo izquierda.

ANIS VIÑAS es el mejor de todos los anisados. Píbase en Cafés y Ultramarinos.

TALLER DE FOTOGRAFADOS

DE

PABLO SANTAMARÍA

CLAVEL, 1. MADRID

UNA COPITA DE LICOR ANGELUS después de cada comida, ayuda poderosamente la digestión.—¡Pruébase!

¡EL PAPEL VALE MAS! Obra nueva de Felipe Pérez Capo.

Se vendé á 0,50 en todas las librerías de Madrid y provincias.

USE USTED



ECHEANDIA
2, Arenal, 2.

SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
DESENGANO 10.
TELÉFONO 205

BERNABÉ MAYOR
3, ESPARTEROS, 3
MADRID
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
Ferretería, metales, utensilios de cocina.
LUZ ELÉCTRICA
Catálogos ilustrados gratis.

MATÍAS LÓPEZ.—Chocolates, Cafés, Dulces.—Oficinas: Palma Alta, 8.—Depósito: Montera, 25.